

CAPÍTULO 1

Entre tú y yo, siempre me parecieron condescendientes los crucigramas.

Y sí, ya sé que son objetos inanimados. No pueden ser condescendientes ni prejuiciosos ni soberbios.

Pero te juro que lo son.

Todos esos irritantes espacios en blanco y esas definiciones pretenciosas que se ríen de ti mientras las miras con cara de estúpida. Como, ah, ¿no sabes quién es Deborah, de *Posesión Satánica* (1961)? ¿Y tampoco conoces una palabra de siete letras que significa «simplemente ser»? Pobre humana patética, ¿no te funciona el cerebro?

En algún lado leí que hacer un crucigrama todos los días mejora la función cognitiva y disminuye las posibilidades de que se te encoja el cerebro (cosa que debe ser mala desde cualquier punto de vista), así que hace más o menos un año, me descargué la aplicación de crucigramas del *New York Times* y decidí probar. Me levanté a las siete de la mañana, me senté junto a una ventana por la que entraba el sol (otra cosa que también mejora la función cognitiva) y me decidí a hacer el intento.

Pero... no pude. Literalmente no descifré ni una respuesta. Hacía clic en una definición y luego en la siguiente, esperando ese momento de iluminación en el que por fin acertara alguna.

Animal laborioso en una fábula clásica. Ni idea.

Autor de *El lobo estepario*. Nop.

Objeto que podría colocarse en bolsas plásticas. Componentes del sistema inmunitario. Unidad en un duelo.

No, ni la menor idea.

Llamé a mi padre para pedirle un consejo, porque sé que él hace el crucigrama todos los domingos, y me dijo que no me frustrara, que, la cosa se pone más fácil cuanto más seguido se hace.

Pero... ¿cómo?

Un crucigrama no es como las matemáticas. No es como aprender cuánto es dos más dos y al día siguiente todavía recordar que es cuatro. Es más bien como aprender que esa medialuna blanca que tenemos en las uñas se llama lúnula y que al día siguiente te pidan que completes una cita de Benjamin Franklin. Está bastante claro que saber una cosa no garantiza saber la otra, ¿no?

Pero debe ser así, de algún modo, porque millones de personas hacen crucigramas todos los días. Millones de personas van por la vida sabiendo qué palabra de siete letras significa «renunciar abruptamente» y quién es el presidente de Finlandia.

La verdad, con razón no consigo un trabajo mejor.

En fin. Seguí intentándolo como dos semanas más, con la esperanza de agarrarle la mano (o de que aparecieran definiciones más fáciles) y de que mi rutina matutina se transformara en una experiencia feliz y satisfactoria que mejorara mi cognición y evitara que se me encogiera el cerebro. Pero nunca pasó. Es más, hasta sentía que el cerebro se me estaba encogiendo más, como si se estuviera contrayendo por la estupidez o algo así.

Estaba a punto de rendirme y de volver a mi antigua rutina matutina –mirar videos de animales adorables en Instagram, darme cuenta de que estoy desperdiciando mi vida con el teléfono, ponerme a buscar trabajo desesperadamente, cambiar la tipografía de mi currículum por cuadragésima vez, como si ese fuera el secreto para conseguir una entrevista («¿Helvética? ¡Llamémosla!»)– cuando me topé con Wordle.

Las instrucciones eran tan sencillas que hasta yo, con el cerebro encogido, las pude entender. Te dan seis intentos para adivinar una palabra de cinco letras. Cuando arriesgas una respuesta, las letras se ponen color gris, amarillo o verde. Gris quiere decir que esa letra no está en la palabra correcta. Amarillo quiere decir que la letra está en la palabra, pero no en esa posición. Verde quiere decir que está en la palabra y en el lugar correcto.

Parecía bastante fácil, así que me dije qué más da, voy a probar. Total, no puede ser más difícil que tratar de descifrar qué palabra de siete letras significa «nota de entrega que firma la persona que recibe una mercancía».

Así que probé.

Y pude.

Era lo suficientemente fácil como para que no me dieran ganas de reventarme el teléfono contra el cráneo, pero lo suficientemente difícil como para que tuviera que esforzarme un poco. Hubo un par de traspies, como la primera vez que no logré adivinar y apareció la palabra LERDA en la pantalla (de verdad pensé que la aplicación me estaba insultando, hasta que me di cuenta de que LERDA era la respuesta de cinco letras), pero después de un tiempo, le agarré la mano. ¡Y era muy emocionante! Esa oleada de satisfacción cuando adivinaba rápido, el subidón de adrenalina cuando acertaba al último intento. Llevaba una racha de diez días hasta que KAYAK me hizo perder; luego, llegué a veintinueve días, pero se cortó con ARDID. Y después, de pronto, de alguna manera, llegué a tener una racha de cuarenta y nueve días. Cuando alcancé los cincuenta (con HURÓN), me puse a dar saltos de alegría.

Y sí, ya te imagino poniendo los ojos en blanco, pensando: «¿Qué clase de perdedora se entusiasma tanto por una aplicación estúpida? ¿No tienes cosas importantes de verdad en tu vida? ¿Tienes veintisiete años, por el amor de Dios! ¿No tienes una carrera que construir o hijos adorados que mimar?».

Y mi respuesta es: vete a hacer un crucigrama, pedazo de soberbia. Creo que eres la clase de persona que lo disfrutaría.

No, es broma.

Tienes toda la razón.

Lo cierto es que no hay muchas cosas en mi vida en este momento. No tengo una carrera, solo un trabajo mal pago como recepcionista en un taller mecánico y una licenciatura en ciencias que no me sirve para nada, porque durante el último año de universidad, me di cuenta de que en realidad lo que quiero es dedicarme al arte. Y creo que no quiero tener hijos, por más que tuviera un novio para hacerlos o un salario que me permitiera pagar un tratamiento de fecundación in vitro o adoptar.

Así que sí, eso. No tengo mucho, pero tengo Wordle. ¡Y ya llevo una racha de trescientos días!

Hoy a la mañana, puse PASTA como primera opción (estaba desayunando pasta de chocolate y avellanas, no me juzgues). Fue una mala elección: todas las letras estaban grises. A continuación, probé con RUIDO (inspirada por la mosca que no paraba de zumbear en la ventana), y la R y la I se pusieron amarillas. Después, me llamó mamá para hablar un rato antes de que ella y papá se fueran de vacaciones a Nueva Zelanda, así que ahora estoy tratando de adivinar la palabra en el taller. Eso podría hacerme parecer una empleada irresponsable, pero espera a que te cuente un poco sobre mi trabajo.

En primer lugar, antes de que me preguntes, no, no me interesan particularmente los autos. Me postulé a este trabajo por una sola razón: estaba cerca de una casa linda con un alquiler baratísimo. Te explico. En mi último año de universidad, cuando me di cuenta de que quería trabajar en un ámbito creativo, como el cine o el arte, ya era demasiado tarde para arrepentirme y cambiar de especialización. Pero me dije bueno, una licenciatura en ciencias no deja de ser un título. Podía postularme igual a puestos básicos o pasantías en el sector creativo. Seguro que mi pasión y mi entusiasmo compensan la falta de un título en esas áreas.

(Spoiler: no pasó).

El problema era que cada vez que me postulaba a un puesto o una pasantía, competía con personas igual de apasionadas y entusiastas que tenían claro lo que querían hacer desde que estaban en el útero, como corresponde, y no solo tenían títulos con todas las de la ley, sino que también habían hecho cosas artísticas impresionantes. Como la vez que me postulé a un puesto en una galería de arte en Toronto y terminaron contratando a una chica que había ganado un premio de fotografía juvenil de National Geographic. O la vez que me postulé a una pasantía en un estudio de cine de Vancouver y se la dieron a un chico de veintiún años que había dirigido un cortometraje premiado. Y, la verdad, no los culpo por no elegirme. Yo tampoco me habría elegido. Pero sentía que estaba atrapada en un círculo vicioso. No conseguía trabajo porque no tenía experiencia, y no conseguía experiencia porque no tenía trabajo.

Mientras tanto, para ganar algo de dinero, me postulé a un par de puestos básicos para personas con licenciatura en Química (mi título), pero ahí me encontré con el problema opuesto. Yo tenía el título y buenas calificaciones, pero nada de pasión ni entusiasmo. No quería ser química agrícola ni toxicóloga ni química de aguas (aunque no tengo idea de qué es), y no logré disimularlo lo suficiente como para pasar a la segunda entrevista.

Entonces, después de como cien rechazos (y dieciocho meses viviendo con mis padres en su diminuto apartamento en Halifax), ideé un nuevo plan. Decidí volver a la universidad y obtener un título en artes. Pero ya tenía una deuda de veintiséis mil dólares en préstamos estudiantiles por mi licenciatura en Química, y no tenía ni idea de qué especialización artística me interesaba seguir. Esta vez, quería elegir bien, y cada vez que pensaba que estaba segura (Escritura de Guiones para Cine y Televisión, ¡sí!), me entraba la duda al comenzar a llenar el formulario de inscripción. ¿De verdad era lo que me apasionaba, o solo sonaba bien? ¿Y si terminaba sepultada bajo veintiséis mil dólares más de deuda estudiantil sin obtener nada a cambio?

Lo pensé y me estresé y, mientras tanto, los pagos de los préstamos se acumulaban y mi situación de vivienda se volvía cada vez más tensa.

No es que me lleve mal con mis padres ni nada de eso, pero el espacio era bastante reducido, y me sentía patética cada vez que me cruzaba con alguna antigua amistad y me preguntaba dónde estaba viviendo.

Por eso, cuando una amiga de mi mamá me dijo que su hermana estaba buscando a alguien a quien alquilarle su casa en Waldon, en la Isla del Príncipe Eduardo, por dos centavos, fui de un salto a la computadora y me puse a buscar empleos por la zona. Y había ni más ni menos que dos: cocinera en un restaurante y recepcionista en un taller mecánico llamado Martin Auto.

Me postulé a los dos. Después de una entrevista telefónica de diez minutos con el dueño del taller, Fred Martin, durante la cual no me hizo ni una pregunta y se la pasó quejándose de la recepcionista anterior, que había renunciado sin previo aviso, me contrató.

(Seguro sea lo mejor para la gente de Waldon que no me hayan llamado del restaurante).

Trabajo en el taller de nueve a cinco, de lunes a viernes. Podría tratar de describírtelo, pero siento que sería una pérdida de tiempo. Súbete al auto y conduce hasta el taller mecánico que tengas más cerca. Así. Luce exactamente así.

En Martin Auto, hay dos mecánicos (Dave, que es viejo y está obsesionado con los autos, y John, que es joven y está obsesionado con los autos), y solo se aceptan alrededor de diez trabajos por día. El dueño, Fred, ya no trabaja en el negocio, así que lo debo haber visto unas tres veces desde que empecé. Yo atiendo el teléfono, recibo y le cobro a la gente, limpio la sala de descanso y vacío los tachos de basura. Y... eso es todo, básicamente.

Sin duda, el trabajo tiene varios aspectos positivos. Paga lo suficiente como para ir saldando de a poco mi préstamo estudiantil y es bastante tranquilo, así que tengo tiempo de sobra para jugar a Wordle e investigar sobre títulos en artes. Y el pueblo de Waldon es muy bonito, con casitas de colores vivos desparramadas alrededor de un pequeño puerto pesquero, acantilados de arenisca roja al este y una extensa llanura de

campos al oeste. El aire siempre huele a mar y, en primavera y otoño, me despierta el zumbido de los barcos langosteros en el puerto. Si yo quisiera vivir tranquila en un pueblito, podría ser muy feliz aquí.

Un momento.

Feliz.

F, L y Z.

¡Claro! Me doy una palmadita en la frente y deslizo el dedo sobre la pantalla para abrir Wordle. Escribo FELIZ y ¡tarán! Las letras se van poniendo verdes una a una. ¡Ya llevo trescientos un días de racha!

Mientras estoy haciendo un bailecito de celebración en la silla, suena la campanilla del taller y entra una anciana de cabello canoso y rizado. Tiene puesto un abrigo grueso aunque hace bastante calor para ser mayo, y su cara me suena, pero eso no significa nada. Waldon es un pueblo tan pequeño que prácticamente todos me suenan de cara.

–Buenos días –le digo con amabilidad–. ¿Tiene cita?

Echo un vistazo a la agenda y me pregunto si será «Maud Williams, cambio de llantas, 9:30 a. m.». La mujer parece algo nerviosa.

–No, pero a mi auto le pasa algo. Está haciendo un ruido horrible.

–Uy, no. –Le dedico una mirada empática–. ¿Ya nos trajo el auto alguna vez? Dígame su nombre.

–Ethel Cox.

Escribo su nombre en el programa horrible y viejísimo que usan en el taller para registrar a los clientes y abro su archivo.

–Vino el mes pasado. –Miro el recibo escaneado con los ojos entrecerrados, tratando de entender la letra de Dave–. Le estaba andando mal el auto, ¿no? –Los entrecierro un poco más–. Dice que se escuchaba como un chillido, ¿no?

–Un chirrido –me corrige Ethel.

–¿Y lo arreglaron? –pregunto, dubitativa. Veo que Dave le cobró cuarenta dólares la última vez, pero no alcanzo a leer bien por qué.

–No, dijeron que no había ningún problema. Y después dejó de hacer ruido, así como si nada. Pensé que se había solucionado solo,

pero ahora está haciendo un ruido distinto. –Ethel frunce el ceño–. ¿Podrían revisarlo hoy? Tengo que estar a las tres en Charlottetown para jugar a la canasta.

–Hoy es un día bastante tranquilo –le digo, apiadándome de ella. La pobre parece muy estresada–. Déjeme ver si puedo hacerle lugar.

–Ay, gracias –me dice, y parece alegrarse.

Le sonrío y voy al garaje a buscar a Dave. Él está trabajando en el elevador hidráulico, reparando el auto de una de las abogadas del pueblo. Es un viejo Porsche que, al parecer, es muy especial o interesante o algo así. Dave y John se volvieron locos cuando ella lo trajo.

–Buenos días, Emily –me saluda Dave. Es un tipo blanco y alto de unos cincuenta y tantos, con el pelo canoso, hombros anchos y manos grandes y callosas. Está divorciado y tiene dos hijas adultas llamadas Analyn y Jenny. O, al menos, eso es lo que pude deducir de su página de Facebook. Dave no es de hablar de su vida personal.

–Buenos días –respondo–. ¿Tienes tiempo para un cliente más? Hay una señora con un auto que hace un ruido raro.

–Hoy no –dice Dave–. Quizá John pueda ocuparse.

Me doy vuelta y reprimo un suspiro. Grandioso.

No es que me caiga mal John, es solo que...

No, ¿sabes qué? Es precisamente eso. Me cae mal John.

Su nombre completo es John Smith (porque sus padres sabían lo aburrido que iba a ser de grande, supongo) y tiene más o menos mi edad. Es un poco atractivo, si te gustan los que ni se molestan en afeitarse y se creen demasiado *cool* para preocuparse por su ropa, y debo admitir que, cuando recién lo conocí, pensé que quizá pasara algo entre nosotros. Durante mis primeras semanas trabajando aquí, me peinaba y maquillaba con esmero y trataba de pensar en temas de conversación interesantes para sacarle charla.

El problema es que a John no le gusta conversar sobre temas interesantes. No le gusta conversar sobre nada, la verdad. Por ejemplo, una vez entré a la sala de descanso y lo escuché hablando en portugués por

teléfono. Entonces, cuando cortó la llamada, le dije, muy simpática y mostrando interés:

–No sabía que hablabas portugués.

Él me respondió «sip» y se puso a mirar su teléfono.

Me quedé esperando a que añadiera algo más, pero cuando quedó claro que eso no iba a pasar, le pregunté:

–¿Aprendiste de chico o de grande?

Pensaba contarle sobre un estudio muy interesante que había leído acerca de cómo la edad afecta la capacidad de aprender nuevos idiomas.

Sin siquiera levantar la vista del celular, me dijo:

–Mi mamá es brasileña.

Yo ya sabía eso, porque una vez que John se ausentó unos días, Dave me dijo que había viajado a Brasil a visitar a sus abuelos, pero asentí como si acabara de enterarme.

–Qué bien. Ojalá yo fuera bilingüe. Estoy tratando de aprender francés, pero es muy difícil. Tendría que haber hecho el programa de inmersión en francés cuando estaba en la escuela.

En respuesta, John movió la cabeza. Ni una palabra, ni un «mmm» empático, solo un movimiento lento de la cabeza, como haces cuando alguien te está fastidiando y tratas de que se dé cuenta.

Tendría que haberme rendido en ese momento, pero todavía me parecía lo bastante lindo como para intentarlo una vez más. Así que le pregunté:

–¿En qué idioma piensas?

–¿Qué? –respondió, mirándome fijo.

–Es que... me da curiosidad en qué idioma piensas –le dije–. O sea, si aprendes dos idiomas cuando eres chico, ¿piensas en los dos o en uno solo? ¿O depende de la situación?

Él me miró fijo otra vez (con un atisbo de incredulidad, debo agregar) y luego se encogió de hombros.

–No sé.

Y ahí sí me rendí.

Mira, no digo que haya sido una manera especialmente ingeniosa de iniciar una conversación, pero al menos yo traté de llenar el silencio. John no ha intentado iniciar una conversación conmigo ni una sola vez, excepto para preguntarme a qué hora viene un cliente.

Y las veces que habla, que son pocas, de lo único que habla es de autos. Incluso cuando él, Dave y yo estamos en la sala de descanso al mismo tiempo, no habla de otra cosa que no sean los autos que están en el taller o el auto que está arreglando con un amigo para llevarlo a la pista de carreras del pueblo. Y ni siquiera trata de incluirme en la conversación, como si diera por sentado que a mí no me interesa.

Y... bueno, supongo que es verdad. Pero igual es grosero y me resulta algo machista.

También trata mal a los clientes, y por eso mismo me molesta tener que pedirle que atienda a esta señora.

–¿Qué ruido hace? –pregunta, sin ayudar mucho, cuando le digo lo del auto de Ethel.

–No me dijo –le respondo amablemente. Siempre soy amable con John. Cuando solo tienes dos compañeros de trabajo, no puedes darte el lujo de ser sarcástica con uno de ellos. Creo que John ni se imagina que me cae mal (y no le importaría si lo supiera).

–¿Está adelante? –me pregunta, tras soltar un suspiro.

–Sí.

¿Dónde más iba a estar?

Lo sigo hasta la recepción. Ethel está sentada en una de las sillas de plástico de la sala de espera.

–Él es John –le digo, porque él nunca se presenta–. Quizá pueda hacerle un lugar, pero quería saber...

–¿Qué ruido hace? –me interrumpe John–. ¿Lo hace todo el tiempo?

–Ay, no sé –responde Ethel, un poco avergonzada–. Empezó la semana pasada.

–Pero ¿lo escucha todo el tiempo? ¿Y es un chirrido o un traqueteo o qué? –insiste él, con el ceño fruncido.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. A esto mismo me refiero. John no les grita a los clientes, no los insulta ni nada por el estilo, pero es muy cortante e impaciente. Como si esperara que una mujer de setenta y cinco años entrara y dijera: «Buenos días, joven. Por desgracia, escuché un ruido que claramente sale del colector de escape, así que pasé a ver si hace falta reemplazar la junta. Lo haría yo misma, pero, como una tonta, no sé dónde metí el torquímetro».

De verdad.

—Es como un traqueteo —dice Ethel—. Tuve un Honda durante años y nunca me dio ni un problema, pero el año pasado tuve un accidente y tuve que comprar un Toyota usado porque la concesionaria de Honda cerró...

Nos empieza a contar una historia sobre su difunto esposo, que no se llevaba bien con el dueño de la concesionaria de Toyota, y ahora ella entiende por qué, viendo que su auto nuevo no es ni la mitad de confiable que el anterior. Me doy cuenta de que John, a mi lado, está cada vez más irritado. Y bueno, sí, la historia es medio larga, pero es una anciana amable. No hace falta que le frunza el ceño de esa manera.

—Le voy a echar un vistazo —dice John con tono pesimista cuando ella por fin se calla—. ¿Las llaves están en el auto?

—No, las tengo yo. —Ethel busca en su bolso—. ¿Va a tardar mucho? Tengo un juego de canasta a las tres.

—Depende de qué problema tenga —dice John, y se va sin ofrecer más información. Con el ceño fruncido, lo miro alejarse.

—¿Quiere que le pida un taxi así espera en su casa? —le pregunto a Ethel.

—No, querida. Voy a esperar aquí, si no hay problema. —La mujer echa un vistazo al espacio diminuto. Básicamente, lo único que hay es mi escritorio y cuatro sillas de plástico espantosas—. No quiero molestar.

Le sonrío, y una emoción agradable me invade el pecho.

—No es ninguna molestia.